

---

## Influencia de Marx y Freud en Herbert Marcuse

*Luis Solórzano\**

Herbert Marcuse nació en Berlín en 1898. Se educó en las Universidades de Berlín y Friburgo, emigró en 1933 a E.E.U.U. donde desarrolló una intensa actividad docente en las Universidades de Columbia, Harvard, Brandeis y San Diego. Su obra tuvo una enorme difusión e influyó notablemente en el movimiento "hippie" y en las revueltas estudiantiles de los años '60s. Falleció en 1981. Obras principales: Razón y Revolución, (1941); Eros y Civilización (1953); Marxismo Soviético (1958) y El Hombre Unidimensional (1965).

Su obra, un intento de síntesis entre las ideas de Marx y Freud, puede considerarse como una vasta protesta en contra del énfasis puesto en el autoritarismo y la productividad en las sociedades capitalistas y comunistas Modernas. Consideró que el desarrollo técnico del mundo moderno permitía el paso a sociedades no-competitivas en las que el ser humano podría desarrollarse con más libertad y satisfacción.

A continuación, examinaremos estos ideales basados en su libro "Eros y Civilización".

### Esquema de Eros y Civilización

Sigmund Freud, en su obra "El malestar en la cultura" expone la tesis de que la civilización se ha construido a base de la represión de los instintos primarios del hombre: Eros (principio de placer) y Thánatos (instinto de muerte). Según el creador del psicoanálisis, el ser humano tiende naturalmente a la gratificación de sus impulsos, pero una gratificación completa es imposible, porque desde el principio se vio obligado a posponerla para realizar todas las labores necesarias para la obtención de sus medios de vida, así como la defensa de su comunidad. En pocas palabras, tuvo que dedicarse al trabajo. Fue así como se creó un "principio de realidad" opuesto al principio de placer.

Este principio de realidad es la civilización con todas sus represiones. Según Freud no es posible alcanzar la felicidad en un medio civilizado, porque los instintos son

asociales.

La energía de los impulsos reprimidos es dirigida hacia objetos no sexuales. A este proceso se le llama sublimación y explica que los seres humanos creen en un arte, una industria, una agricultura, en fin, que tengan una civilización. El ser humano crea sus medios de represión

Marcuse reproduce todo el esquema de los instintos freudianos, pero hace algunos agregados de su propia cosecha, interpretando de forma diferente tanto los instintos como la cultura.

Es en la interpretación marcusiana de la cultura en donde la influencia marxista se hace sentir. Cree que ya que la represión de los instintos nació por la necesidad de procurarse medios de vida y habiendo logrado la sociedad industrial de nuestro tiempo un progreso enorme en el dominio de la técnica, el cual asegura la manutención de sus miembros (por lo menos en las sociedades avanzadas), es innecesario que la represión de los impulsos primarios continúe al extremo de hoy. Persiste únicamente porque hay una relación de dominación tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas (Marcuse considera que tanto la URSS como E.E.U.U. son sociedades autoritarias y están dominadas por el principio de actuación).

Este principio de actuación es propio del trabajo enajenado que describió Marx. El hombre no es feliz en el trabajo, no se autorrealiza en él, porque pertenece a otro. No obstante, tanto las sociedades capitalistas como las comunistas glorifican a los hombres que se afanan trabajando, ya que ambas compiten entre sí para demostrar cual es la más productiva. Los ciudadanos sacrifican su felicidad laborando para mantener unas estructuras que los dominan.

Marcuse cree que el propio progreso técnico permite una reducción considerable en el tiempo dedicado al trabajo y un cambio en la mentalidad de las sociedades que glorifican la productividad. El trabajo con máquinas puede seguir siendo rutinario, tedioso, pero se le dedicará un tiempo menor. La represión de los instintos será la necesaria para perpetuar la cultura y no la excedente para mantener unos sistemas de dominación. Esto

---

\* Licenciado en Filosofía de la Universidad Autónoma de Centro América, ostenta las palmas académicas (Corona Académica) y es Lector de la Cátedra de Lógica en el Stvdivm Generale costarricense.

permitirá que el ser humano dedique lapsos mayores a la obtención de la felicidad, que, según Marcuse, está en la satisfacción de sus instintos primarios.

Sin embargo, considera que la liberación sexual en las sociedades represivas es utilizada por el propio esquema de dominación en su beneficio. Así, los capitalistas la utilizan en su publicidad o se dedican a fabricar "símbolos sexuales" con el fin de vender mejor sus productos. Por ello no la considera conveniente, Cree que esa liberación debe destruir el actual estado de cosas y no perpetuarlo.

Encuentra otra dificultad muy seria en los propios instintos. Si estos son asóciales por excelencia y, sobre todo, si existe un impulso de muerte y destrucción en el ser humano, su liberación será fatal para la cultura. Es por ello que nos da una interpretación atenuada de ambos impulsos (Eros y Thánatos).

El impulso de muerte o Thánatos, fue presentado por Freud en su obra "Más allá del principio del placer". El fundador del psicoanálisis observó que las personas que sufrían las consecuencias de un accidente o estaban heridas por la guerra, tendían a repetir en sus sueños las experiencias dolorosas. Esta repetición no se explicaba por el impulso al placer, pues según éste tendemos a evocar las situaciones placenteras y a olvidar las tristes. Se planteó entonces la posibilidad de que la tendencia a repetir estados anteriores fuera algo básico en los instintos. Si existe esa compulsión a volver a un estado precedente, aunque sea doloroso, y siendo la materia inorgánica anterior a la existencia de organismos, Freud dedujo que todos los seres vivientes tienen una tendencia o pulsión a retornar al estado inorgánico de donde salieron. Ese impulso, de perpetuarse en nuestro organismo, nos destruiría; por ello tenemos que expulsar agresividad hacia otros. Esta se combina con Eros y explica la existencia del sadismo o puede volverse en nuestra contra y convertirnos en masoquistas.

Vistas, así las cosas, la liberación de este impulso es terriblemente peligrosa para la sociedad, pues la convertiría en una guerra de todos contra todos. Pero Marcuse presenta una interpretación un tanto diferente de Thánatos, tornándolo compatible con una sociedad feliz. Para él el impulso no es destructivo por sí mismo, sino sólo cuando hay un impedimento para aliviar tensión. Según Freud, todo placer es una descarga. En el goce sexual se acumula una tensión que debe ser disminuida y la satisfacción deriva de ello.

Para Marcuse, sólo si hay impedimentos a esa descarga gratificante, nos volveríamos agresivos. De otra

forma, el instinto de muerte no es más que un impulso al Nirvana. (Nirvana, para los budistas, es el "estado del fuego o del soplo apagado" un estado de no-deseo). En una sociedad donde no hubiese restricciones al placer, el impulso de muerte no sería peligroso.

Queda el problema de si Eros, al ser plenamente complacido, no sería perjudicial para las relaciones sociales y la construcción de objetos de necesidad pública. Freud pensaba que el amor es originalmente mero instinto sexual de posesión y el afecto nace de la represión y sublimación de ese impulso. Si esto fuese cierto, la liberación tendrá por consecuencia la destrucción del amor, la amistad y todo sentimiento generoso. La sociedad se convertiría en una lucha egoísta por el placer, en la cual los humanos se olvidan del necesario trabajo productivo y no crearían más arte ni cultura. (Recuérdese que, según Freud, toda la cultura nace de la represión. Las obras artísticas, científicas, filosóficas, etc. son sublimaciones de instintos primitivos, sublimaciones logradas a base de reprimir los impulsos).

A esto Marcuse responde que Eros liberado establecería relaciones duraderas entre los seres humanos. Toma la noción que ese impulso expuso Platón en "El Banquete" y no la freudiana. Del amor por la belleza de una persona. Eros se extenderá y amará la belleza en todas las personas y cosas y de allí pasará al amor por la belleza en sí, creando arte.

El filósofo alemán intenta explicar cómo se inició la dominación y el sentimiento de culpa filogenéticamente (o sea en el origen de la especie). Para ello recurre a la tesis freudiana expuesta en Tótem y Tabú según la cual el padre primitivo, jefe de la horda primigenia, quería para sí a todas las mujeres del grupo y expulsaba, privándoles de satisfacción, a todos sus hijos. Estos se unieron, mataron al padre y lo devoraron, pero luego interiorizaron sus prohibiciones y lo deificaron. Así, se prohibieron las relaciones con las mujeres de su clan (prohibición del incesto) y crearon un tótem venerado, a quien se le consideraba el origen del clan y el cual también, con frecuencia, era comido en una fiesta especial que recuerda el primitivo festín caníbal.

Esta culpa trágica se transmitiría a toda la humanidad y explicaría la creencia en un pecado original, los sacrificios expiatorios, la comunión católica (el hijo habría pagado el pecado original, matar al padre, con su propia vida, toma el lugar del padre y es comido como él), la tragedia griega y muchas cosas más. (Tótem es una palabra iroquesa que significa "de mi parentela" y tabú, una palabra polinesia que indica algo deseado y

prohibido a la vez. Para su estudio, Freud se basó en un libro del célebre antropólogo Frazer, "La rama de oro").

Muchas críticas pueden hacerse a esta teoría marcusiana. En primer lugar, se basa en concepciones freudianas erradas, como la existencia de un instinto de muerte y el mito de la horda primitiva.

Analicemos primero a Thánatos. Freud nos dice que hay un impulso natural de todo ser a repetir estados anteriores y que, si lo inorgánico fue antes que lo orgánico, entonces todo lo orgánico tiende a volver al estado de materia no viviente. Esto puede interpretarse de dos maneras: a) Que se trata de una "tendencia" de la materia viva a volver lo inorgánico. Con esto Freud nos diría algo que todos hemos sabido siempre: que lo que está vivo tiende a morir, b) Que haya un deseo, o impulso a volver a lo inorgánico. Esto es imposible. La psicología moderna reconoce una diferencia entre necesidad e impulso. Así, podemos tener una "necesidad de comer" y luego un "impulso" para dirigirnos hacia un objeto que la satisfaga. Pero para ello tenemos que conocer que objetos pueden satisfacerlos. El impulso o, mejor dicho, su dirección, nacen de la experiencia.

Los primitivos seres orgánicos no podían desear retornar a lo inorgánico, pues no podía haber noción en ellos de ese estado, el cual nunca puede ser experimentado. En Freud sólo hay una proyección de los deseos de un ser humano dirigida hacia los primeros organismos. Un hombre sabe de la muerte, ha visto cadáveres o ha oído hablar sobre ella desde muy pequeño. Puede imaginársela como una situación en que terminan las responsabilidades y sufrimientos y desearla para sí. Pero para ello es necesario que tenga conciencia e imagine el estar muerto, cosa que puede hacer un humano, pero no una célula primitiva. No puede haber en ella deseo de retornar a un estado que nunca experimentó ni puede imaginar. (Si los seres vivos hubiesen conocido el estado inorgánico significaría que lo inorgánico siente, lo cual es absurdo). Por otra parte, no parece muy lógico el deducir de una tendencia psíquica (el repetir situaciones anteriores) una física (la tendencia a volver a lo inorgánico).

En cuanto a la horda primitiva diremos lo siguiente: O existía una sola horda; los hijos mataron al padre, lo devoraron y luego se negaron a tener relaciones sexuales con las mujeres de su grupo, y entonces, ¿cómo se pudo seguir reproduciendo la humanidad?; o existían varias hordas, en una de las cuales ocurrió el asesinato y ¿cómo los hijos de la horda en que se cometió el crimen pudieron instaurar el intercambio de mujeres con otros clanes, dominados por "padres primitivos", ¿tuvieron que

matarlos? Entonces la lucha entre padres e hijos era algo corriente en la prehistoria. Había multitud de crímenes entre unos y otros sin que por ello se sintieran especialmente culpables. ¿Ocurrió el asesinato en una sola horda entre muchas? Entonces ¿cómo su culpa se pudo transmitir a toda la humanidad? ¿y por qué nacieron sentimientos de culpabilidad en los hijos que se rebelaron y no en el padre que los expulsaba?

Muy bien dice el antropólogo Claude Lévi Strauss, en su libro: "El totemismo en la actualidad", que las explicaciones freudianas sobre la prohibición del incesto no son más que un mito análogo a los que las tribus primitivas crean para explicarla a su vez. Asimismo, crítica a Freud por su falta de método científico. Hay tribus en que hay tótem y ese tótem no es tabú. Es decir, no es objeto de reverencia especial, ni comido en celebraciones, etc. Otras carecen de tótem. En otras palabras, la relación tótem, tabú, comida totémica, no es ni remotamente unánime ni estricta. Freud, contrariando los hechos, quiere hacerla parecer tal para justificar su teoría.

Los antropólogos no aprecian, por lo general, la obra freudiana. Les molesta especialmente la continua comparación entre los neuróticos de las sociedades civilizadas con los "primitivos", sin reconocer en los segundos un modo de pensar propio. Por otra parte, en 1917, el antropólogo Carverth Read, en su obra, El Origen del Hombre, destruyó la hipótesis de que la humanidad se iniciara con hordas primigenias. Demostró que, dado el grado de indefensión del hombre, sus primeras sociedades debían incluir una buena cantidad de machos que cooperaran en la defensa y la caza. Esto aniquilaba la hipótesis freudiana de un padre que expulsara a sus hijos. Ningún padre primitivo podía ser tan fuerte o tan hábil como para velar por sí solo en la defensa y manutención de la horda. No obstante, lo anterior, Freud no desechó su teoría.

Si a esto agregamos que la "perversidad polimorfa" infantil, el hecho de que el fundador del psicoanálisis creyera que los niños llegaban a un máximo de instinto a los cinco años, a lo cual seguía un período de latencia, en el que el instinto desaparecía para reaparecer en la pubertad, etc. son considerados como errores por parte de muchos psicólogos, errores nacidos de la proyección de instintos adultos sobre la conducta infantil, podemos tener un panorama más claro sobre la debilidad de las bases en que se asienta la tesis de Marcuse.

Pero más grave todavía es lo acomodaticio de su método; en cuanto encuentra una interpretación freudiana que no calza con sus ideas, la varía o la

reinterpreta a su gusto. Por otra parte, tiene la anticientífica costumbre de personificar la Razón y los instintos. No hay una Razón universal, existen los razonamientos de cada ser humano. Tampoco hay un "Eros" universal, que liberado establezca relaciones maravillosas entre los humanos y llegue a sublimarse por sí mismo, o se autorrestrinja en ocasiones, como sugiere al final del libro. Existe el instinto sexual de cada ser humano, variable según su constitución orgánica y experiencias.

En cuanto a la sociedad futura, Marcuse, comete el mismo error que Marx. Este último pensaba que la insatisfacción nace de que el trabajo es enajenado y el hombre no dispone del producto de su esfuerzo, ni de sí mismo durante el tiempo que trabaja para un capitalista. Parece pensar que bastaría con disponer del futuro fruto de la labor propia para autorrealizarse y ser feliz. Marx olvida que la felicidad depende no sólo de la posesión sino de la aceptación y valoración que otros den a nuestras obras. Aunque en una comunidad no haya trabajadores enajenados, siempre habrá insatisfacción, porque el trabajo de unos será más valorado y aceptado que el de otros. En toda sociedad siempre habrá personas que se sentirán fracasados e infelices.

Lo mismo pasa con Marcuse. La felicidad en la vida afectiva no depende únicamente de que nos libremos de toda inhibición y dispongamos de tiempo libre. Depende principalmente de que seamos valorados por otros. En la sociedad "liberada" siempre serán más aceptados los jóvenes y atractivos. Los más viejos, los que tengan impedimentos físicos o carezcan de atractivo serán relegados. Este fenómeno se ve en sociedades donde un culto excesivo a lo corporal da como resultado que las personas se sientan desplazadas cuando empiezan a perder su juventud o belleza.

Y que no nos diga Marcuse que Eros creará nuevas relaciones y que Thánatos no dará problemas. Porque él mismo ha reconocido que en el amor no hay necesariamente reciprocidad (la liberación no implica que seamos amados por aquellos a quienes amamos); si acepta esto reconocerá que en ninguna sociedad todos

los seres van a llenar todas sus necesidades afectivas, con lo cual no se sentirán plenamente satisfechos, no extenderán su afecto a todo y a todos y los impulsos destructivos reaparecerán. Y lo peor de todo, reaparecerán en una sociedad "ideal" en la cual no cabe imaginarse mejoras. Una sociedad en la cual los desplazados no podrán soñar siquiera con otro paraíso.

En conclusión, lo más rescatable del pensamiento marcusiano es su crítica a la sobrevaloración del trabajo insatisfactorio en las sociedades actuales; pero como no da soluciones viables para lograr que el bloque oriental y el occidental dejen de competir en productividad (cosa más difícil de alcanzar que el desarme), su obra se convierte en utópica. Por otra parte, se basa en teorías freudianas y marxistas de poca solidez, lo cual lo conduce a concepciones erradas sobre la futura sociedad. Quizá debido a lo anterior, la gran influencia que tuvo su pensamiento hace unos años, ha dejado de sentirse

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Ardila, Rubén: Psicología del Aprendizaje; Siglo XXI, 1982.
- Freud, Sigmund: Tótem y Tabú, Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- Freud, Sigmund: Más allá del Principio del Placer, Nueva York, Liveright Publishing Corp., 1950.
- Lévi-Strauss, Claude: El totemismo en la actualidad, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- El inconsciente, pro y contra: Varios autores: Ed. Mensajero, Bilbao, 1973
- Marcuse, Herbert; Eros y Civilización: Una investigación filosófica sobre Freud. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1986.
- Read, Carverth, The Origin of Man; Cambridge University Press, 1920.